

sión, y bajo aquella impresión de semi-calma, separóse el Consejo entre seis y siete de la tarde (1).

En Saint-Cloud, en donde dominaban las más funestas pasiones, las que nacen de la presunción, de la cólera y de la ignorancia, esperábase con ansiedad el resultado de las deliberaciones de las Tullerías. Al atardecer regresó allí el emperador llevando la débil esperanza de un congreso; pero al saberse que todavía se pensaba en negociaciones, todos á una se mostraron indignados contra la insolencia prusiana que debía ser castigada en el acto. Así hablaban los impacientes, los ambiciosos, los frívolos y los violentos, y no cabe duda de que la emperatriz fomentó, si no inspiró, aquella reprobación. Una reserva muy honrosa, hija de la piedad que inspira el infortunio, ha velado ó suavizado posteriormente la mayor parte de los testimonios públicos que pudieran acusarla; pero de todas las correspondencias manuscritas, de todos los documentos se desprende una impresión muy clara, la de que por parte de Francia la soberana fué la principal fautora de la guerra.

Todo contribuyó á engrosar la corriente belicosa, por un instante contenida. Duraban todavía las protestas cuando se presentó el general Lebœuf, que había recibido el billete del emperador en el momento en que acababa de expedir las órdenes de movilización. Después de tantas incertidumbres y vacilaciones, aquella vacilación nueva le había causado asombro, y lleno de irritación cuanto de extrañeza, había resuelto ir á Saint-Cloud para pedir al emperador que nuevamente reuniera el Consejo. Su intervención y sus exhortaciones necesariamente habían de aumentar la excitación de los militares y de los cortesanos; pero el partido de la guerra había de encontrar, en aquella hora suprema, sus argumentos más decisivos en las noticias llegadas del extranjero.

Bismarck había ido preparando sabiamente sus golpes, los cuales, sucediéndose con pérvida gradación, debían reavivar las cóleras francesas cada vez que parecían apaciguarse. De todos sus manejos el más atrevido y también el más pérvido había sido, como se recordará, comunicar á sus representantes en el extranjero el suelto de la *Gaceta de la Alemania del Norte* con la esperanza de que el despacho, aunque transmitido con carácter no oficial, llegaría á conocimiento de los agentes franceses y por conducto de éstos hasta París, y sería considerado por el gabinete de las Tullerías como la divulgación pública de una ofensa inferida á Francia. El resultado correspondió á este cálculo abominable; en efecto, habiendo comunicado el representante de Prusia en Berna la noticia al presidente de la Confederación Helvética, el ministro del emperador, Sr. de Comminges-Guitant, se enteró del telegrama y anunció á París lo que Prusia osaba publicar en el extranjero. Más tarde, durante la noche, una información casi análoga fué transmitida al muelle de Orsay por nuestro representante en Munich.

Después del Consejo de las Tullerías, el Sr. de Gramont había vuelto al ministerio, en donde recibió uno tras otro los despachos que dejamos mencionados. «Fué,

(1) Duque de Gramont, *La France et la Prusse*, pág. 212. - *Enquête sur le gouvernement de la Defense Nationale*, declaración Gramont, pág. 103; declaración Lebœuf, pág. 47. - *Papiers et correspondance de M. Louvet*. - Relato del Sr. Segris.

ha dicho posteriormente, una sucesión no interrumpida de informes á cual más graves, y el gobierno hubo al fin de reconocer que se hallaba en presencia de un adversario resuelto á llevarle y, si era preciso, á arrastrarle al terreno del combate (2).»

En tanto, Ollivier, que había regresado á la Cancillería, conservaba la impresión de las resoluciones tranquilizadoras que momentos antes adoptara el Consejo, y se ocupaba en redactar el manifiesto que al día siguiente debía leerse en las Cámaras, cuando vió entrar al duque de Gramont, profundamente emocionado. Llevaba éste en la mano los más recientes despachos, y aludiendo á los telegramas enviados por Bismarck á sus agentes diplomáticos, exclamó: «Es un bofetón dado por Prusia en la mejilla de Francia, y antes que soportar tamaño ultraje dimitiré mi cartera (3).» Un juicio completamente dueño de sí mismo habría comprobado la índole de la información, habría investigado quién tenía interés en publicar la supuesta ofensa, y puesto que comenzaba á hablarse de insultador y de insultado, habría, antes de adoptar ninguna resolución, interrogado al que con una sola palabra podía aclararlo todo, es decir, al Sr. Benedetti. Precisamente el embajador acababa de salir de Ems y al día siguiente debía hallarse en París; y aun mientras se esperaba su llegada, su último despacho, expedido á las cuatro de la tarde, era muy á propósito para poner sobre aviso, puesto que el embajador al mismo tiempo que transmitía informes muy graves, pues anunciaba que el rey no tenía ya nada que comunicarle, decía que dos horas antes se había despedido del monarca en la estación de Ems. Si el Sr. Benedetti no había estado deferente con el rey el día 13, y si éste, el mismo día, no había guardado las debidas atenciones al Sr. Benedetti, ¿cómo se comprendía que el 14 el diplomático francés hubiese ido á presentar con la mayor corrección sus homenajes al soberano y que el soberano, también con la mayor corrección, hubiese ido á despedirse del diplomático francés? Quizás una corta información hecha con calma hubiera puesto de manifiesto la intriga y desenmascarado públicamente al agente provocador. No nos cansaremos de repetirlo: lo que más faltó en aquella crisis fué la sangre fría. El duque de Gramont, que después de una reacción de prudencia había vuelto á su estado de exaltación, al creerse burlado y ultrajado, experimentaba una de esas cóleras exasperadas que no admiten reflexiones ni aplazamientos. Emilio Ollivier, aunque consternado porque la guerra era la destrucción de su obra liberal, no contradijo á su colega que consideraba comprometido el honor nacional. Aquel á quien la opinión pública juzgaba como verdadero jefe del gabinete había hasta entonces tratado de contener la corriente belicosa; mas desde aquel momento, creyendo en la existencia de un insulto irreparable, también él se inclinó á la guerra.

Lebœuf exigía la reunión de un nuevo consejo que confirmara las medidas militares adoptadas aquella tarde; y á las instancias del mariscal se juntaban los deseos del duque de Gramont, impaciente ya porque todo se consumara. Los ministros fueron llamados

(2) Duque de Gramont, *La France et la Prusse*, págs. 220-221.

(3) Relato hecho por Ollivier al Sr. Rothán en 5 de mayo de 1871 (Rothán, *L'Allemagne et l'Italie*, tomo I, págs. 18-19.)

precipitadamente á Saint-Cloud, tan precipitadamente que no todos pudieron acudir al llamamiento del soberano. El Sr. Segris no recibió el aviso á tiempo; el Sr. Louvet, al parecer, no fué convocado, y el Sr. Plichón, que estaba fuera de su casa, salió tarde de París. Los consejeros del emperador acudieron uno después de otro, consternados por la espantosa responsabilidad que sobre ellos pesaba. Eran las diez de la noche cuando empezó la deliberación, deliberación ansiosa y corta que apenas merece el nombre de tal. En un principio la mayoría se negó á revocarse; fiel á las resoluciones acordadas por la tarde, era partidaria de que se intentaran nuevos esfuerzos diplomáticos y entendía además que la prudencia imponía la suspensión de la movilización ya acordada. En esto tomó la palabra el duque de Gramont y presentó los despachos que durante la noche se habían recibido y uno de los cuales, sin que jamás haya podido precisarse cuál de ellos, causó una impresión profunda. La emperatriz, muy sobreexcitada, intervino en la discusión, declarando en términos vehementes que la lucha era inevitable si se quería mantener incólume el honor de Francia (1), lenguaje que apoyó enérgicamente Lebœuf. Bajo esta presión los ministros cedieron; no todos, sin embargo, ya que, según parece, uno de ellos se mostró hasta el fin hostil á las resoluciones extremas (2). El acuerdo fué mantener las órdenes de movilización, y en cuanto al mensaje que debía someterse á las Cámaras se cambió radicalmente su sentido: á las seis de la tarde habíase convenido en que aquel documento anunciaría la reunión de un Congreso; á las once de la noche, modificadas por completo las circunstancias, decidióse que anunciaría la guerra.

XVIII

Los ministros salieron de Saint-Cloud á altas horas de la noche, y á las primeras de la mañana del 15 circularon por París rumores de una audiencia negada, de un embajador despedido, de ofensa que hacía inevitable la guerra. El público leyó con avidez los diarios que reproducían aquellos rumores, aunque sin concretarlos, y que, en su casi totalidad, acentuaban la nota belicosa.

En el Cuerpo legislativo se desvanecieron las incertidumbres. Las interpelaciones formuladas el 12 por Clemente Duvernois y el 13 por el barón Jerónimo David habían sido reunidas en una, y precisamente figuraban en la orden del día de la sesión. Desde las once formáronse numerosos grupos en las inmediaciones del Palacio Borbón, y muy pronto se llenaron completamente las tribunas, mientras los diputados, diseminados por los pasillos, discutían acaloradamente las probabilidades cada vez mayores de la guerra.

Los ministros habían sido convocados nuevamente en Saint-Cloud, y en aquella reunión el duque de Gramont leyó el proyecto de mensaje cuyos términos había convenido con Emilio Ollivier. Los miembros de la minoría, la víspera y la antevíspera tan fecundos en argumentos, permanecieron silenciosos; sentíanse arrolla.

(1) Relato hecho por el duque de Gramont á lord Malmesbury (Malmesbury, *Memoirs of an ex-minister*, tomo II, pág. 415).

(2) *Considerations sur l'histoire du second Empire*, por M. de Parieu, pág. 23.

dos y después de haber multiplicado los consejos prudentes se rendían á los hechos por cansancio, por impotencia, por desconfianza en su propio criterio, aparte de que no dejaban en cierto modo de considerar insultantes los procedimientos de Prusia y temían que se sospechara de su patriotismo. En cuanto á los demás ministros, á sus vacilaciones había substituído una energía que procuraba sobreexcitarse á sí misma. El manifiesto, apenas enmendado en algunos puntos, fué adoptado por unanimidad.

Los diplomáticos no habían interrumpido sus gestiones, pero las continuaban sin ninguna esperanza. Durante la noche lord Lyons había enviado tres *memorándums* al ministerio de Negocios extranjeros. Después de la deliberación de los ministros trató de ver al duque de Gramont, sin conseguirlo; mas no le contrarió esto gran cosa: «No habría podido hacer modificar una resolución adoptada ya por el emperador,» escribía al jefe del *Foreign-Office*. Iguales impresiones de desazonamiento expresaba el Sr. de Metternich: «He procurado, escribía al Sr. de Beust, desempeñar lo mejor posible mi papel de conciliador, pero los acontecimientos se han precipitado demasiado para que los consejos de prudencia hayan podido llegar á tiempo.»

A la una, el duque de Gramont y Emilio Ollivier se dirigieron el primero al Luxemburgo y el segundo al Palacio Borbón, á fin de dar lectura á la declaración del gobierno. Los senadores acogieron con aclamaciones entusiastas las palabras oficiales; pero tales manifestaciones, hijas de la adulación ó de un patriotismo mal ilustrado, importan poco á la historia, y aquellos ancianos fogosos y débiles habían de desaparecer muy pronto tan inadvertidamente como habían vivido. En cambio lo que ocurrió en el Cuerpo legislativo merece ser mencionado.

Emilio Ollivier, después de haber recordado el manifiesto del 6 de julio, expuso que el gobierno no había querido pedir nada á España, por temor de herir sus susceptibilidades, ni influir cerca del príncipe de Hohenzollern, á quien se consideraba como protegido por el rey. La declaración decía luego:

«El ministerio de Negocios extranjeros prusiano nos desahució afirmando que nada sabía del asunto y que el gabinete de Berlín había sido ajeno al mismo, en vista de lo cual hubimos de dirigirnos al mismo rey y ordenamos á nuestro embajador que fuera á Ems á avistarse con Su Majestad.

«Mientras discutíamos con Prusia vino el desistimiento del príncipe Leopoldo de donde no lo esperábamos, y nos fué entregado en 12 de julio por el embajador de España.

«Habiendo el rey querido permanecer ajeno á esta determinación, le pedimos que se asociara á ella y que declarara que si, por uno de estos cambios siempre posibles en un país que acababa de salir de una revolución, España ofrecía nuevamente la corona al príncipe Leopoldo, no le autorizaría para aceptarla.

«El rey consintió en aprobar la renuncia del príncipe Leopoldo, pero se negó á declarar que no autorizaría en lo porvenir la reproducción de esta candidatura... Aunque esta negativa nos pareció injusta, nuestro de-

seo de conservar para Europa los beneficios de la paz era tal, que no rompimos las negociaciones y que, á pesar de nuestra legítima impaciencia, os hemos pedido siempre que aplazarais nuestras explicaciones.»

Después de esto llegaba Emilio Ollivier al despacho publicado por la oficiosa *Gaceta de la Alemania del Norte*, difundido por toda Europa y comunicado á las cancillerías; y al elevar á la categoría de documento oficial aquel despacho que sólo había podido salir del gabinete del rey ó del ministro, caía precisamente en el lazo tendido por Bismarck y hacía caer en él á la Cámara. «Profunda fué nuestra sorpresa cuando supimos ayer que el rey de Prusia había notificado por medio de un ayudante á nuestro embajador que no volvería á recibirle, y que para dar á esta negativa un carácter inequívoco, su gobierno lo había comunicado oficialmente á los gabinetes de Europa.» Al oír estas palabras, todo el mundo manifestó á gritos que aquello era un insulto, y de todas partes salían voces de «esto es intolerable.» Las previsiones de Bismarck se cumplían. Después de haber recordado la orden de despedida enviada al Sr. Werther, el ministro terminó con las siguientes palabras:

«En tales circunstancias, seguir intentando la conciliación habría sido indigno é imprudente. Nada hemos omitido para evitar la guerra; pero ahora vamos á prepararnos para sostener la que nos ofrecen, dejando á cada cual la parte de responsabilidad que le corresponde.»

«Ayer mismo llamamos á nuestras reservas y con vuestro concurso vamos á adoptar inmediatamente las medidas necesarias para defender los intereses, la seguridad y el honor de Francia.»

Este mensaje, ó mejor dicho esta declaración de guerra, porque ambos nombres podían dársele, levantó una tempestad de aplausos, á los que se mezclaban gritos de «¡viva el emperador!» En la izquierda, sin embargo, reinaba la agitación, y en el centro izquierdo y en los bancos extremos del centro derecho dominaba el estupor. Antes de bajar de la tribuna, Ollivier había presentado, reclamando la urgencia, un proyecto de ley por el que se abría un crédito de 50 millones. Declarada la urgencia, Thiers pidió la palabra.

Apenas se hubo levantado, prodújose en la derecha una inmensa explosión de murmullos: era la protesta de todos aquellos que, lejos de contener á los ministros, los juzgaban demasiado circunspectos, y en aquel conjunto aparecían unidos los más diversos sentimientos, la crédula ignorancia de los atrasados patriotas exaltados, la buena fe engañada de los patriotas sinceros, la violencia ambiciosa de los autoritarios que iban en busca de un cambio de política; los demás seguían por debilidad, por esa exaltación perturbadora que el miedo engendra á veces y también por el convencimiento de que el mejor medio de adular era carecer de sangre fría. «Quiero explicar, dijo Thiers, por qué no me he levantado con la mayoría de la Cámara... Si ha habido un día, una hora, en que pueda decirse que la historia nos contempla, es la hora presente, es el día de hoy; y entiendo que todo el mundo debería pensar en ello seriamente... ¿De qué se trata? De una declaración de guerra hecha desde esa tribuna por el ministerio, y no diréis que no me expreso constitucionalmente. Ahora

bien, ¿corresponde sólo al ministerio declarar la guerra? ¿No debemos también nosotros tomar la palabra en este asunto? Y antes de hacer uso de ella, ¿no es necesario que reflexionemos un momento?... Una interrupción formidable acogió estas frases demostrando que todo llamamiento á la reflexión parecía cosa facciosa. «De la decisión que adoptéis, siguió diciendo el orador, puede resultar la muerte de millares de hombres.» Thiers, viendo que el ruido ahogaba su voz, recordó aquellos días de 1866 en que la Cámara, después de haberle escuchado una vez, se había negado, en el momento más crítico, á escucharle de nuevo. «Hoy, añadió, estóy resuelto á escuchar vuestros murmullos y, si es preciso, á afrontarlos.» El escándalo aumentaba y en el recinto de la Cámara resonaban las voces de interruptores incoherentes ó furibundos á quienes ninguna amonestación podía hacer callar; tales eran el marqués de Piré, el Sr. Dugué de la Fauconnerie y otros aún más oscuros, pero ansiosos de pasar á la historia haciendo que sus nombres figuraran en las notas taquígráficas de aquella sesión imperecedera. La misma izquierda con sus aprobaciones hacía mayor el tumulto, pues los que no se habrían atrevido á interrumpir á Thiers, escarnecían á Julio Favre y á sus amigos. Al fin, después de una larga lucha contra la pasión, pudo el orador abordar el objeto del debate. «¿Es verdad, sí ó no, que habiendo sido atendida vuestra reclamación en lo fundamental, es decir, en lo relativo á la candidatura Hohenzollern, vais á un rompimiento por una cuestión de susceptibilidad? ¿Queréis que se diga, queréis que diga Europa entera que había acuerdo en la cuestión de fondo y por una cuestión de forma os habéis decidido á derramar torrentes de sangre?... Yo pido, á la faz del país, que se nos dé conocimiento de los despachos por virtud de los cuales se ha adoptado la resolución que acaba de sernos comunicada; porque, no hay que hacerse ilusiones, se trata de una declaración de guerra.» Al oír estas palabras, dichas con extraordinaria energía, el centro derecho, aunque se inclinaba visiblemente hacia la derecha, se estremeció y muchos de sus individuos presintieron lo que iba á consumarse; pero aquella perspicacia fué de corta duración, y los interruptores, como si aquellos momentos de calma les hubieran comunicado nuevas fuerzas, no tardaron en reanudar con más ardor aún sus apóstrofes. Thiers continuó su discurso que los murmullos apenas dejaban oír:

«Esta urgencia de que con tanta prisa queréis hacer uso, ya la tenéis, ha sido votada, vais á disfrutar de ella, vais á tener la facultad de abandonaros á toda la fogsidad de vuestros sentimientos. Dejad que os manifieste los míos, por dolorosos que sean, y si no comprendéis que en este momento cumpla un deber, y el más penoso de mi vida, os compadezco. (*Muy bien, muy bien*) en la izquierda. *Protestas en el centro y en la derecha.*) Sí, en cuanto á mí, estoy tranquilo por lo que á mi memoria respecta y estoy seguro de lo que le está reservado por el acto que en este momento realizo; en cuanto á vosotros, tengo la certeza de que algún día os arrepentiréis de vuestra precipitación.

«Estoy dispuesto á votar para el gobierno todos los recursos necesarios cuando la guerra será declarada de

finitivamente; pero deseo conocer los despachos en que esta declaración de guerra se funda. La Cámara hará lo que quiera; supongo lo que va á hacer; pero, en lo que á mí atañe, declino la responsabilidad de una guerra tan poco justificada.»

Grande era la impaciencia porque la discusión terminara; pero aquellas palabras exigían una réplica, y Ollivier, que de todos los miembros del gabinete era el único capaz de contestar á Thiers, subió á la tribuna. Si la magnitud de los sucesos hubiese dejado lugar al asombro, habría sido cosa digna de sorpresa observar la respectiva situación en que el destino colocaba á los dos adversarios: Thiers, que siempre había deplorado Sadowa y no había cesado de acusar á Prusia, era el que se esforzaba por apaciguar el conflicto; en cambio Ollivier, que había hecho suya la causa de las nacionalidades y predicado la unión, si no con Prusia á lo menos con Alemania, era ahora el heraldo de la guerra. Su discurso, elocuente como siempre, resintióse de lo extraño de su condición: comenzó expresando su amor á la paz, y al hablar así exponía los más antiguos, los más sinceros pensamientos de su alma; relató con emoción comunicativa sus largas vacilaciones, las de sus colegas y aquella deliberación de la víspera que había durado ocho horas; recordó, y era mucha verdad lo que decía, los perseverantes esfuerzos que como diputado había intentado para desvanecer las malas inteligencias entre dos grandes naciones civilizadas; y dijo que lo que había procurado como representante había continuado siendo su objetivo como ministro, y que había hecho todo lo posible para no suscitar ninguna cuestión litigiosa y, por el contrario, para establecer relaciones correctas y confiadas entre París y Berlín. Pero al llegar á este punto de sus razonamientos, Ollivier abrevió su discurso y entonces mostróse un hombre nuevo, aunque no menos sincero, que hizo suyos, revistiéndolos con su elocuencia, los argumentos del Sr. de Gramont, explicando, lo mismo que habría podido hacerlo su colega, la declaración del 6 de julio por el temor de que el más pequeño retardo pusiera á Francia enfrente de un hecho consumado. Apropiándose el lenguaje de los más belicosos, se esforzó por justificar la petición «de seguridades para el porvenir;» consideró, como aquéllos, que Francia había sido insultada, y añadió que la publicidad dada á la ofensa indicaba el carácter intencional de la misma. ¡Cosa extraña! Durante las negociaciones, no se había notado que hubiera una influencia directriz; no había habido presidente del Consejo que juntara y retuviera fuertemente en sus manos todos los hilos de aquel asunto; y ahora, cuando todo estaba consumado, el ministro de Gracia y Justicia aparecía como el verdadero jefe del gabinete y amparaba con su responsabilidad una crisis que él no había dirigido y unas gestiones que en parte le habían sido ocultadas. ¿Era valor ó generosidad? ¿movilidad de un espíritu tan impresionable como brillante? ¿desesperanza de contener á la opinión pública? ¿zafán de no complacer con una crisis ministerial aquellas circunstancias ya de sí tan terribles? Algunos, recordando el pasado del orador, no acertaban á comprender cómo de aquella boca salía el llamamiento que había de alzar á Francia en armas; y aun parece que al final de su discurso el propio Ollivier sintió cierta turbación al verse represen-

tando un papel tan imprevisto: en efecto, él, tan dueño de su palabra, dejó escapar de sus labios una frase desgraciada: «Aceptamos, dijo, nuestra responsabilidad *con satisfacción;*» y habiendo esto provocado grandes protestas, añadió: «Quiero decir, confiados y sin remordimientos.» Pero la frase quedó y más adelante se repitió, aislada del comentario que la explicaba con más puerilidad que justicia. Otro hecho singular caracterizó aquel discurso: cuando el ministro se hubo sentado, sus viejos amigos que se sentaban en el centro izquierdo permanecieron silenciosos; en cambio fueron los más entusiastas en aplaudirle los diputados de la derecha, es decir, aquellos que desde su advenimiento lo tenían por sospechoso y que el día antes todavía pensaban en derribarlo.

Los pocos hombres que en medio de aquel tumulto conservaban la sangre fría sentían la impresión profunda y ansiosa, ya de una terrible mala inteligencia entre los dos pueblos, ya de algún lazo en que caía el gobierno. Una circunstancia avivaba las sospechas: los fragmentos de despachos del Sr. Benedetti, á juzgar por lo que de ellos había podido conocerse por el discurso del ministro de Gracia y Justicia, indicaban una negociación más bien comprometida que violentamente rota, una petición rechazada, pero sin escándalo; ninguno de los conceptos de los telegramas respiraba cólera, insulto ó ultraje. Un deseo vehemente de aclarar estas obscuridades prolongó el debate; Thiers volvió á subir á la tribuna, y después de él Julio Favre, aquel día previsor y concreto; pero tenido por enemigo demasiado apasionado para que sus palabras no inspirasen desconfianza, acosó al gobierno con sus preguntas: «¿Dónde está el despacho oficial?, dijo. ¿Dónde la relación de la conferencia en que nuestro embajador ha visto desconocida la dignidad nacional? Pedimos que se nos comuniquen los despachos y especialmente aquellos por medio de los cuales el gobierno prusiano ha notificado su voluntad á los gobiernos extranjeros.» Uno de los miembros del Cuerpo legislativo á quienes con más respeto se escuchaba era el Sr. Buffet, de quien se sabía que era de probidad intachable, de patriotismo ardiente, pero sereno, de altanera independencia que jamás degeneraba en hostilidad; pues bien, el Sr. Buffet trató á su vez de hacer volver al buen camino á sus colegas y hablar á los ministros, y en una conclusión terminante hizo suya la moción de Julio Favre y como éste reclamó la comunicación de los documentos.

Aquella exigencia no era sino prudencia, pero la asamblea cada vez más tumultuosa perdía por momentos el dominio sobre sí misma. Aquel Cuerpo legislativo que durante tanto tiempo había manifestado su docilidad con su silencio, la manifestó aquel día con una turbulencia sin nombre: no se oían más que gritos, exclamaciones, protestas, y entre todos los interruptores distinguíanse como los más violentos Jerónimo David, Cassagnac y Dugué de la Fauconnerie. En el entretanto, había llegado á la Cámara el Sr. de Gramont, el cual subió á la tribuna, no pronunciando sino unas pocas palabras, pero que resonaron como un toque guerrero: «El gobierno prusiano, dijo, ha notificado á todos los gabinetes de Europa que se había negado á recibir á nuestro embajador y á seguir discutiendo con él, lo que es una afrenta para el emperador y para Francia; y si,